

# "EL COITAO"

## Su actitud

He aquí a El COITAO desalentado, cabizbajo: ha girado su vista en torno, y de cada grupo que yergue sus brazos al sonar de la misma canción, y hejo el flamear de la misma bandera, ha llegado hasta él, la misma atrozadora interrogación, desde los cuatro puntos del horizonte.

En un principio apenas concebía la situación á un lema heremítico, y alzó su voz, y dijo libremente su palabra.

Y he aquí a El COITAO desalentado, cabizbajo: Acaba de darse cuenta de que estas aquecidas agrupaciones de hauridia, han ido recogiendo de su palabra, nó el sentido, sino el resonancia para enseñarla en el molde de su himno propio; y así, hay quienes junto á las macabras jarras y á la humeante tartrera de bucaldo, han intentado adaptarla al Gora Enzakidí; ó quienes, entre el golpear de las fichas de domino, y el bisfemar de unas voces breves, luchaban por ponerle á tono de los acordes de la Marsellesa; ó qui ienas, sobre el papel granuloso de un libro de Semper, envolvieron sus párrafos en la armonía pegajosa de la Internacional; y hasta muchachos hay, que se proponían hallar en su entonación propia la ganancia del ritmo del "Yonid y vimos todos..."

Y se alboró, como El COITAO jamás se propuso que acompañara su peroración con el compás de un himno oficial, estos hombres, para los que su juicio crítico, es sentir en el omblugar de un período el "vavén de su canto de partido, han quedado desorientados ante la maravilla de una voz inadaptable á una música concreta.

Aquí tenemos pollicamente, —nos han dicho— varias masas corales: estos, mientras declaman su canción edifican fronteras en el Eluro, estos otros, ven en la pompa teatral de un día de júbilo ascender al trono á un venerable peluquero inepto, aquellos, con su mentalidad de salistrera, plantean una cuestión de indumentaria: salir al mundo real con la levita cindañada, y aquellos otros, caídos los pasos superiores, terrorizan á sus pacíficos comorcanos con sus bravatas bálicas de taberna, y conquistarse la hegemonía de el callo...

Y EL COITAO llega: genata EL COITAO á compás de una partitura política? — Pues nada de pequeños grupos, ni de canciones propias; que se incorpore á su masa coral y que su voz sea una nota más en la unificación del mismo lema!

Y EL COITAO responde, aunque le costará algún trabajo pasar su cuerpo curvo y graso, por la estrechez de una exigencia categórica.

\*\*\*

Para los más atentos, para quienes pasan por los más avizados, para estos hombres terribles que llegan á vuestras discusiones y dan stultia á sus frases lacónicas, —intermitentes eructos de su diminuto, repleto abdomen espiritual, — apenas si trae una solución. Nosotros no tenemos la preocupación del "buun" y del "mal gusto," —no hemos llegado á ver la vida á través de ese elegante monóculo de aspirante á diputado conservador.

A los maliciosos, que de retorno de un viaje á la ciudad condal, sospecharan que y hacer de este Bilbao un Barcelona del Cantábrico, se encargará de responderles nuestro orgullo de sentir que el "inevita-

ble" tejido catalán de nuestros trajes, se ha timado ya de mineral y de hollín, y se ha humedecido en "sirimiri."

Y para estos grupos beligerantes que en el espasmo de un entusiasmo colectivo, se acometen heroicamente y rompen con el fragor de la lucha, la paz crepuscular de una tarde de domingo, cual es el plan que ofrecemos, el programa, el sistema.

Para vosotros hombres humildes, hombres de fé, hombres buenos, promete su respuesta EL COITAO, aunque os anuncie por segunda vez, que le costará algún trabajo pasar su cuerpo curvo y graso, por la estrechez de una exigencia categórica.

\*\*\*

EL COITAO ha observado largamente su pueblo: Bilbao siente en el momento la inquietud de un estado desconocido; se ha verificado una repentina, inverosímil renovación de partidos, desaparecen peculiaridades características ante influencias cosmopolitas, y como si presintiera la inminencia de un hecho fatal, unenno los pusillimes en grupos de defensa. Y esto es lo esencial. Y ahora es cuando EL COITAO debe mostrar claramente su actitud.

Hemos llegado en Bilbao, —en el Bilbao vivo, en el de la noche, no el otro de los pasados melancólicos y de los saludos discretos, —á la antelación del individuo después de la incorporación de un nuevo iniciado al partido, ocurre un hecho curioso: el nuevo iniciado aún sigue por algún tiempo, con cuanto aporta de personal, de peculiar; pero después de una conveniente sustracción en el espíritu colectivo, pierde existencia de su diferenciación individual, de lo que él tenía de único, y se siente una voz más, para conversar su grado, y dos brazos más, para los acometidos.

Y á estos hombres de fé que tienen la humildad de pensar en cerebros agnos, dirige EL COITAO su alocución; él no aspira á la organización de un partido, aspira á su época; su época en la que vosotros los hombres humildes dejéis de recibir prestadas, ideas, puestas en circulación, su época en la que desaparecieran estos masticados profesionales de celebridad, y en la complejidad de la vida diaria contribuyais á dar un valor nuevo á las cosas viejas; época, joh, soñados días, en la que florecieran exuberantes las celebridades de vecindad.

A vosotros los hombres humildes han conseguido terrorizaros. Por una parte, apenas lograis trascender al sentido de ciertas intelectuales confedadas, por otra, ante reconociones para vosotros inexplicables, presentis una causa desconocida, y, finalmente, en un viaje largo, acusáis obstáculos de boca de un comisionista, que hejo la aparente versatilidad de los hechos trabajos sordamente dos enormes manos negras, y os terrorizó narrándoos el funcionamiento siniestro de los masones y de los jesuitas, de todos estos pobres hombres inofensivos! Si, algo se acerca, —decís. Tembláis ante la inminencia de un hecho fatal. Sentís el temor de caminar solos. Y os acogeis á los pabellones políticos.

Necesitabais de EL COITAO. Para vosotros es su palabra, y para vosotros el ejemplo de su acción.

El llega á decirnos que no hay esplandores en la sombra, que puede uno moverse en la más completa de las inmunidades, que las cuestiones del pensamiento no han

de ser la salvación económica, ni el patriotismo exclusivo de quienes comprenden la carrera literaria, que saeudais, hombres humildes, toda norma, y en vuestro círculo de amistades estériles nuestros errores intelectuales con mandamije propio, y que llevéis al cañcho, heroicamente, no las armas que se encargarán de repartiros determinadas armerías políticas, sino vuestro propio machete espiritual — vuestra libérrima fórmula albrata. — con el que tajeis bruscamente, de un golpe, y con fuerza de vuestro propio brazo, toda cuestión que se os presente.

Y, sobre todo, no romnieis de la persona; nada de ser una mueta más en el engranaje de un sistema.

Y, sobre todo, hombres humildes, cuando por vuestras conversaciones de intriga pase un problema serio, i el huir modestamente, ni el refugiarse en las tendencias en moda. Sentid el orgullo de vuestro pensamiento, y si os dierais cuenta de que es disparatado, miradlo con ojos de padre á su hijo travieso. Y, sobre todo, convencos de vuestra inmundad respecto de lo sobreluchando, en la ausencia de un voto, suplid la enumeración de sus defectos con vuestras divertidas filosofías: Aquí nadie os exigirá cuentas: La naturaleza os perdonará que la hagáis pecetear de una nebulosa primitiva, ó como de un checar de pilafitos del encuentro de dos electricidades contrarias; la vida que os la represente inconcun, dispersada, ó como efecto de un todo anónimo; y Dios, ten bondad siempre, soportará que os lo investigue con sus clásicas barbas patristicas, ó con una modernísima perilla militar, y que sobre la mesa del café le saqueis defectos á la gigantesca maquinaria de su sistema planetario.

Esto es cuanto os enseña EL COITAO, el desconocido Zaratuza de Achari.

Mucho me alegro de que podáis leer á las veces lecturas, yemas que ríngan de pasadizo de España, las primicias de un capítulo de la titánica obra de Unamuno, "Recordos de niños y mocedad". Agradecemos mucho esta inmensa atención de don Miguel para con nosotros.

## Recuerdos de niñez 3-14 y mocedad



CAPÍTULO V

Miguel de Unamuno

Se ha comparado á los niños con los salvajes y á las asociaciones infantiles con las sociedades primitivas, y correte por ahí al respecto libros llenos de noticias nuevas de los costumbres y los juegos de niños y de otros, cotéjándolos mutuamente. Y así como en la semilla dicen que se vo ya en germen el árbol adulto, así hay quien en los juegos de la infancia llega á ver la complicada trama de la sociedad. Y ahora vamos á hablar de la economía política y sus adelantos entre los niños.

Antiguamente dicen que es el origen de la moneda, del vil dinero, ni más antiguo ni más vil que otra cualquiera cosa humana. Los salvajes, según se cuenta, se sirven para sus cambios y truecos de plumas, conchas, de otros mil objetos, y nosotros, los niños, nos servíamos en el colegio de los *caños* ó *figuras* — en otros países los llaman *vizós* — ó sea de los cromos de las cajas de fósforos. Porque en cuanto á los sellos de las naciones todas, que también coleccionábamos, estos eran al modo de lo que son los diamantes y piedras preciosas, no sustancia amonedable y de cam-

bio, sino más bien de lujo y en el fondo una manera de atesorar riqueza disponible, algo que llegada ocasión de apremio se puede vender ó empeñar.

Había *santos* de diferentes clases y valores: unas *figuras con opogadas*, cuando pegado dos presentaban como por ambos lados; otras recortadas, redondeadas sus esquinas como la de los naipes finos; de carlistas, finas, ordinarias (las de cajas de *Kóforos* de cocina, pues poniendo estas en manos de las criadas, conviene que de cada diez sólo uno se escondiera); unas valían una unidad, otras dos, otras cinco y las ordinarias media. Como los ingleses, despreciábamos los vicios y el sistema decimal mercaderías. Las había también *escarabajos*, pero estas circulaban poco y á hurtadillas.

Los *santos* eran nuestra moneda; con ellos se compraba meriendas en *Chau* de manzana, un *café* de naranja, un *cuscusú* de pan. Y no eran los *santos*, una moneda así como se quisiera, sino que eran cosa adscribible una moneda instructiva, histórica, biográfica y hasta geográfica. Lo cual se instruir decididamente: «¿Cuánto más fruto no obtenían muchas propagandas si sus principios y enseñanzas se grababan en la moneda? Me parece este el mejor modo de combatir al socialismo: grabar en duros y onzas breves argumentos refutándolo—con tal que quepan en la moneda con letra clara, no es menester que sean convenientes—y repartir las monedas de propaganda entre los socialistas. Y sobre todo repetir, repetir mucho y sin descanso los argumentos, amonolotados, siguiendo una sabiduría máxima pedagógica».

Gracias á los *santos* y entre ellos conocí á Savalls con sus bigotazos, á Cabrera, á Sagasta, á Prim, Serrano y Topete—Á estos los conocíamos así, en tirada á la Pali, á Cúbaros, á Cervantes, á Montes. Eran nuestros diccionario biográfico.

Pero el principal empleo de los *santos*, como el del dinero, era el de jugarlos, y este su mayor atractivo. Los *santos* se inventaron para jugarlos, lo mismo que los valores ara la Bolsa.

No faltaban, sin embargo, avanos que hacían ostensión de *santos* para guardarlos y hasta había quien despegaba los cromos del cartón y los iba pegando en un álbum, sin que dejase de haber quien empapajaba con ellos el excusado insecto arramque de desprecio á los vicios terrenales, aunque hay que decir, en honor á la verdad y á la niñez, que esto, ó lo hacían los niños inducidos por sus padres ó lo hacían los padres mismos, en quienes los niños encendían la avaricia que es la sanilidad del espíritu.

Jugábamos los *santos* á cara ó cruz, al vuelo y á la montada, ninguno de ellos juego en rigor, de azar. Pues en el de cara ó cruz allí no había elemento de suerte, y hacer dar al santo tantas vueltas que caiga boca arriba ó boca abajo! Por supuesto, no había quien lo estudiase y el santo caía siempre como se le autojaba ó como Dios quería, como es la natural manera de caer un santo. (Y nótese: que no haga resaltar lo de que en castellano decir que una cosa ha salido como Dios quiere vale tanto como decir que ha salido mal).

Al jugar á la montada era de ver el suelo sembrado de santos tendidos por sí, sin apenas luego entre ellos, aunque sin tocarse uno á otros, y llenos nosotros de mal contenida emoción, con la respiración del jugador, rojar uno de tierra y verle bajar y posarse; sobre otro; ¡qué suspiro de satisfacción entonces! Y luego cuando el contacto era levísimo ¡qué de cuestiones sobre sí se había dicho «punita y todo» ó «punita *arriba*», es decir que valía el más

pequeño toque ó que era en este caso obligatorio repetir la jugada! Decíamos *arriba* por lo que se dice en castellano de Castilla «de nuevo». Se vigilaba al contrario para que no abarrajara el santo impidiendo que así cayese más á plomo, y se encarábale amigo que rezara por nuestro triunfo.

Cuando jugábamos al vuelo lanzando horizontalmente el santo, le dábamos aliento para infundirle ánimo, resto, sin duda, como la de echarse al *cachorro* para que resucitara, de antiguas tradiciones ó de viejas ceremonias más ó menos mágicas. Ya el Padre Dios, á cuya imagen y semejanza nos enseñaban que éramos hechos, infundió en el cuerpo de Adán el alma soplandosela.

Dignó de mención y de dudoso recuerdo es el medio como conseguí en el colegio ser dueño de una grande aunque efímera fortuna, pues nada grande dura mucho.

La férrea ley consuetudinaria—toda costumbre es de hierro—el juego obligaba, y creó seguirlo, obligando al gamonero á seguir jugando, quieras ó no, mientras el que iba perdiendo tuviese con qué jugar; debiendo, además, recibir éste cuando hubiese perdido su caudal todo, un santo que el otro le daba, la *prestada*, para con ella tentar una vez más á la suerte. Y va á verse cómo aprovechó esta ley para el agiotaje.

Anuncié que por cada veinte santos que se me prestaran daría uno de interés cada semana, lo cual hice no más que el 1.040 por ciento anual. Al cabo del interés anuncié á mi bolsillo las pequeñas fortunas y llegué á ser depositario de un considerable capital. Teniendo la ley y el capital sólo me faltaba la fuerza bruta, sin la cual no hay, en el fondo, empresa que prospere. Asocié á mi agiotaje á un chico de puños, de puños, á quien por la gorra que llevaba lo llamábamos el Naranjero, para que defendiéndome el capital hiciera respetar la ley.

Llegaba yo con los bolsillos bien restados de santos, proponía á uno cualquiera jugar los que él tuviese, amenazando los mismos que me había dejado en préstamo usurario, y si se los ganaba desde luego negocio rápido, mas si á la primera los perdía yo, doblaba la puesta, obligándole á seguir jugando pues que ganaba, y así al amparo de la ley y de los puños del Naranjero, mi socio ejecutor, dejaba al pobre limpio de todo. «¿Quieres jugar?» «Sí.» «¿Van diez?» «¡Buena! perdía yo!» «¡van veinte!» seguía perdiendo! «¡van cuarenta!», y como yo tenía capital con que responder de varias puestas sucesivas y dobladas, el azar dejaba para mí de serlo.

Digásemos ahora si esto de pelear á cada uno con los caudales de todos no es la cosa más parecida á la institución de los Bancos y si yo no demostraba grandes aptitudes para financiero. Y ahí queda también ejemplificado aquello del Evangelio de que á quien tiene mucho se le dará más, pero, al que tenga poco hasta ese poco le será quitado. ¡Lastima grande que aquella mi incipiente vocación de hacendista se ahogara en brote! No me ha dado fruto, pero cuando menos esta vieja flor de mis recuerdos, me envía, al través de los años, su perfume y me hace pensar lo que yo habría llegado á ser de haberme dedicado á hacer fortuna.

Fundé luego, en sociedad siempre con mi contudente amigo el Naranjero, una lotería en que ganábamos el cincuenta por ciento, repartiendo la otra mitad en premios.

Y cuando todo iba viento en popa, yéase aquí que se atraviesa el eterno perturbador de todo progreso y de toda iniciativa libre, el que todo lo enaña y estropea, el padre del socialismo, el origen de los más de los males económicos: la Intervención del Estado, el proteccionismo.

Sobre la ley, la inteligencia y la fuerza está el número y sobre el número el Estado en forma de maestro, juez inapelable, eterno dispensador de justicia, el maestro que deja sin pasee ó sin comida y hasta puede administrar una tanda de golpes con la varita.

Agrán pobre de espíritu, de esos que por ignorancia de las leyes del azar—pues las tiene—atribuyen á trampa su mala suerte, y á quien en tres ó cuatro sorteos no le cayó premio alguno, se fué al maestro con el cuento de mis entuñados para hacerse con las fortunas ajenas, el descontento se hizo general, y no tuvimos otro remedio sino redistribuir nuestra fortuna, tan trabajosa y humradamente adquirida. Bienaventurados los que lloran por que ellos eran consolados y esos chicos ¡quiénelos siempre se salen con la suya, porque ni los maestros están libres de ese pernicioso sentimentalismo que hace caso de lágrimas de los que no saben buscarse sin ellas la vida.

¡Cómo maldije entonces del proteccionismo *magistral*! Así tiene el libre cambio tan buenas raíces efectivas en mi recuerdo. ¡Cómo maldije al engañador: aquel, acusón, descontento con su suerte! Esos, esos, los que quieren estar á las mandas y no á los dedos, esos son los que inventaron el Estado. ¡Tan bien como nos iba en el machito, arrebortiquito sobre la ley, gracias á mi inocencia y á los puños de mi amigo y socio el Naranjero!

### PROMESA

Juan de la Encina, el asociado crítico, nos propone publicar en esta periódico una columna á cargo de resumen crítico del último libro de D. Miguel de Unamuno, «Recuerdos de niñez y mocedad».

*Despreocupación es el acto de emanciparse el hombre de la tutela que se había impuesto: esta tutela es la incapacidad de servirse sin guía de su propia inteligencia, incapacidad que es voluntaria cuando no depende de la falta de inteligencia del hombre, sino de resolución y de valor para servirse de ella sin el auxilio de otro. ¡O sea ser sabio! ¡Tén valor para servirse de tu propio entendimiento! Tal es la divisa de la despreocupación.*

KANT.

### Una "avalancha"

La de vocales «obreras» del Instituto de Reformas Sociales.

«¡Gueños...! Vaya una innovación...! Qué empuje!... Lo que puede la solidaridad!...

Como que los compromisarios señores Achúcarro y Llorens, carlistas por su puesto, prestaron de estorcos sociedades que fueron constituidas con posterioridad al anuncio de las elecciones.

Y además, prestaron de que muchos compromisarios que representaban sociedades obreras eran... patronos.

Eso, eso es ir unidos al combate y no otra cosa.

Amigo, con los pastores que tenean...